

corresponde, salvando las diferencias, a su *Arte nuevo de hacer comedias*. “Repitiendo artificios, recordando versos, ofreciendo ajustadas contestaciones, don Luis demuestra conocer muy bien el tratado de Lope y su ‘transposición teatral’ (como de alguna manera puede considerarse *Lo fingido verdadero*) y, por consiguiente, demuestra también que su alejamiento de las normas allí fijadas no depende de ignorancia, sino de una consciente elección” (200).

Finalmente –como observa Dolfi– la utilización de esas fuentes corresponde a la misma “voluntad exhaustiva” que acompaña la utilización de metáforas, antonomasias, disemias, o sea “la de otorgarle al enredo aquella misma estratificación culta que caracteriza en sus distintos niveles (estilístico, semántico, melódico) el diálogo y los monólogos de los varios personajes” (35). Lejos de imitar, Góngora asimila y recrea, dando origen a piezas totalmente nuevas que con sus fuentes comparten solo algunos, y muy circunscritos, aspectos. Como rezan las últimas líneas de la monografía, su teatro se afirma pues como algo “absolutamente único, donde cada huella temática o sintagmática se transfigura y recrea haciéndose expresión de una escritura dramática diferente y personal. Y donde la valoración de la palabra se hace instrumento imprescindible para alcanzar una dimensión rítmico-escénica intencionadamente hiperbólica y sublime” (254).

Sin añadir más comentarios sobre el contenido de esta monografía, nos limitamos a concluir que –por sus importantes aportaciones críticas, su análisis riguroso y su claridad de exposición– se afirma como

un elemento imprescindible para completar la imagen de un Góngora, no solo importante poeta, sino también dramaturgo experto, agudo y divertido.

Valentina Nider, *Una “consolatio de Quevedo”: la Carta a Antonio de Mendoza, Firenze, Alinea, 2013, 142 pp. ISBN 9788860557841*

**Adrián J. Sáez
CEA – Université de Neuchâtel**

Rescatar a los clásicos o –cuando menos– sacarlos nuevamente a los ojos del mundo en condiciones óptimas es todavía una tarea esencial, pues hay que asegurarse de tener un texto adecuadamente construido antes de sacar el escalpelo de la deconstrucción. En el Siglo de Oro este deber es si cabe más necesario, no solamente por la infinidad de textos que vieron la luz –otros hubo que no tuvieron esa suerte– sino por los complejos caminos que la transmisión seguía entonces y que, como es el caso, se enreda con asuntos de autoría y atribuciones. En este sentido, la obra de Quevedo no presenta un panorama textual sencillo, ni mucho menos, pero Valentina Nider cuenta con todo el crédito para esta empresa, merced a sus muchas y buenas aportaciones al conocimiento de la prosa, la poesía y el teatro quevedianos.

La estructura, en apariencia tripartita, se puede dividir en dos parejas de texto (la epístola quevediana y su versión italiana) con su oportuno examen crítico. La prime-

ra de las tres partes del volumen atiende al estudio de diferentes aspectos de la *Carta a Antonio de Mendoza*, publicado inicialmente al final de la *Vida de don Francisco de Quevedo* (1663) de Tarsia. Para empezar, Nider defiende que esta decisión editorial responde a su intencionalidad pública o porque constituía “una suerte de testamento espiritual que casaba bien tras el relato de su muerte” (12). El destinatario suele identificarse con el cortesano y poeta Antonio Hurtado de Mendoza, de quien se conocen bien las relaciones con Quevedo, pero Nider levanta una sombra de duda cuando recuerda que tanto nombre como apellido pueden remitir a otros personajes del momento, muy cercanos en el tiempo e igualmente miembros de la orden de Calatrava. El análisis de la estructura del texto, construido libremente sobre el modelo explícito de la epístola, permite aportar nueva luz al marco comunicativo: las marcas diseminadas a lo largo de la carta apuntan a que el destinatario no puede determinarse y “ni siquiera conocía al difunto” don Diego, porque este es un simple pretexto para “describir el proceso de autoconocimiento y conversión” del narrador, de modo y manera que más la muerte llega a representar un alivio muy del gusto de los estoicos (15). No queda ahí la cosa, porque la Carta se organiza según un sistema de varios niveles de discurso con sus respectivos destinatarios: dentro del marco superior de la carta (a don Antonio), se inserta un relato en el que se refleja un debate entre un personaje (el emisor) y un interlocutor ficticio, instancias a las que se añade el recuerdo inicial del fallecido don

Diego y finalmente Dios, a quien se destina el arrepentimiento postrero.

Al análisis de las estrategias retóricas que entran en juego (*sermocinatio*, silogismo, etc.) sigue un erudito capitulillo en el que Nider pasa revista al género de la *consolatio* de tradición clásica, medieval y humanista, en un fino examen en el que trata de deslindar los elementos esenciales del esquema consolatorio. La dificultad nace con el mismo modelo, ya que desde antaño se discute su adscripción retórica y sus lindes con la epístola y el tratado. Así, de la mano de Séneca, Cicerón, Boecio y Petrarca como buenos paradigmas de la estela de las *consolationes* y las epístolas, Nider espiga los *topoi* estrictamente consolatorios que emplea Quevedo, tanto en la introducción como en la consolación en sí y el final. No pasa por alto en este punto la conexión con otros géneros cercanos como la *meditatio*, las artes de *bene moriendi*, el epicedio, las lamentaciones o la tradición funeral.

De gran valor es asimismo el comentario sobre las relaciones intertextuales de la Carta con un puñado de piezas quevedianas, aunque se echa en falta algún título de Santiago Fernández Mosquera (como el fundamental *Quevedo: reescritura e intertextualidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005). Pese a su datación insegura, suelen emplearse la *Doctrina moral*, el *Epicteto y Focílides en español con consonantes* o la *Carta en razón de la miseria humana* para datar la epístola a Antonio de Mendoza, en ocasiones con excesiva ligereza. Nider revisita los puntos de contexto, pero consciente de los límites que marca la compleja

y difusa cronología del corpus de Quevedo –especialmente de su poesía– y, acaso más importante, porque no se puede pretender que la evolución del poeta haya sido lineal, de una etapa bajo el signo de los clásicos a otra marcada por la impronta de la cultura religiosa (39). Para cerrar el estudio, se atiende a una última influencia activa en la forja de la *Carta*: la alargada sombra de Platón, que a veces parece proceder de segunda mano (47).

Antes de dejar hablar al texto, Nider lleva a cabo un demorado estudio textual de la tradición manuscrita e impresa de la *Carta*, junto al repaso de las ediciones aparecidas hasta la fecha. Del examen de los testimonios se deriva la preeminencia de R1 (Biblioteca de la Real Academia de la Historia: 9/764) como texto base, del que respeta las formas preferidas de nombres propios, “aunque no haya certeza de que reflejen el *usus scribendi* del autor” (80).

Tras esto, viene ya la *Carta* dividida en párrafos –aunque por desgracia no siempre separados para comodidad del lector–, con las enmiendas textuales indicadas en una primera sección de apostillas y una segunda con el aparato de variantes del resto de manuscritos. Las anotaciones vienen a continuación, y constituyen una excelente brújula para leer esta elaborada epístola en todo su sabor.

Por si fuera poco –que no lo es–, Nider regala una segunda tanda de jugoso estudio y texto, porque también ha recuperado una traducción al italiano que ve la luz en el volumen misceláneo *Esercizio della morte* (1738), que contiene otros textos sobre el postrer suspiro y que responde a

un proceso vindicativo de los jesuitas ante los aires de cambio que llegaban a la Italia del momento. Según se explica, esta carta italiana parece seguir el texto de la *princeps* y corregir con otros testigos manuscritos, un cuidado editorial que se desmorona con las ocasiones en las que se simplifica el tejido conceptista del original y un manojo de ampliaciones que se detallan justo antes de ofrecer la edición de esta cala europea de Quevedo.

Así que, en fin, al estudio y edición que valoraba al comienzo de esta nota se suman al cabo otras dos cartas de gran valía: la versión italiana y el comentario de esta nueva presencia de Quevedo en Europa. Ciertamente, son pocas páginas en las que mucho y bueno se dice sobre esta “conversación con los difuntos”, nunca mejor dicho. Y, si se me permite rematar el juego de palabras, la salida al mundo de esta *consolatio* quevediana representa un verdadero consuelo para los lectores de hoy.

Ginés Pérez de Hita, *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes*, edizione critica e studio introduttivo di Mirko Brizi, Como-Pavia, Ibis, 2011, CLVIII + 571 pp. ISBN 9788871643762

**Francesca Leonetti
Sapienza Università di Roma**

Se recibe con profundo entusiasmo la deseada realización de la edición crítica de la *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes*, novela morisca, una de las